





SILUETAS DE LOS TRISTES
FRANCISCO TREJO

Francisco Trejo

Siluetas de los tristes



Colección
Lima Lee




FRANCISCO
TREJO

Francisco Trejo

Nació en Ciudad de México, México, en 1987.

Es poeta, ensayista, investigador y editor. Maestro en Literatura Mexicana Contemporánea por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Cofundador y director de *Nueva York Poetry Review*. Autor de *Derrotas. Conversaciones con cuatro poetas del exilio latinoamericano en México* (2019), *Penélope frente al reloj* (2019), *Balada con dientes para dormir a las muñecas* (2018), *De cómo las aves pronuncian su dalia frente al cardo* (2018), *Canción de la tijera en el ovillo* (2017/2020), *Epigramas inscritos en el corazón de los hoteles* (2017), *El tábano canta en los hoteles* (2015), *La cobija de Ares* (2013) y *Rosaleda* (2012). Una muestra de su obra está incluida en la *Antología general de la poesía mexicana. Poesía del México actual. De la segunda mitad del siglo XX a nuestros días* (2014). Entre otros reconocimientos, obtuvo el VIII Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2012, el XIII Premio Internacional Bonaventuriano de Poesía 2017 y el VI Premio Internacional de Poesía Paralelo Cero 2019.

Siluetas de los tristes

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

AVERÍO

Dolora

Esta soledad que cruje de tan seca,
esta forma de ser silueta encorvada
por buscar un corazón en toda madriguera,
esta sed de sed, esta mengua
en la rotura,
esta grietud de estatua melancólica,
esta lengua en la sin miel
de los sonidos, esta boca en la poesía
a falta del resto de la cara,
esta vivienda de metales derrotados,
esta cobija con tábanos ocultos,
esta pared salitrosa,
esta habitación con moscas necias,
esta fruta de semillas grises,
esta mano sin el peso de monedas,
esta forma de correr
para que suenen las llaves en el bolsillo,
esta singular pregunta por la muerte,
esta cáscara del ser,
esta hora flaca, sin minutos,
esta oquedad en el pecho,

esta comezón en la dermis,
esta sal, pese a todo,
esta canción, medida de pobreza,
esta gotera iracunda,
esta misma escena
para los moradores de laberintos,
esta vida de poeta,
cuando es angustia cruda,
llámese —no dolor, a secas, ni hueco,
no sierpe, vendaval
o rumor elegíaco—
llámese, como dicta la carne:
«dolora»,
porque algo brilla en la palabra
y algo escucho de mis huesos
cuando la suelto en el poema.

Herrumbre y dromedario

Nací enfermo de estar vivo
y llevo más de veinte años sin la mentira del remedio.

El vértigo, el pesimismo y la piedra de la cólera
son los mayores síntomas, la otra piel, de mi nostalgia.

Mi cuerpárbol de aves abyectas
se disipa en parvadas, en diásporas de sobresaltos.

A menudo me siento incompleto:
solo tengo rostro en la poesía —arañado, pero mío—.

Toco las palabras con la humedad de mis vísceras
como se toca el paladar con la punta de la lengua.

Yo nací con pesadumbre:
soy el agua que agoniza sobre el hierro
y mira distante la garganta del mundo dromedario.

Cofre

Algo pesa en el cuerpo del pájaro,
algo mayúsculo,
un color opaco que rebasa su triste envergadura.
Si va en el aire, el ser alado desciende,
se sujeta de un alambre con púas
y se despoja de la carga en el gorjeo.
Entonces vuelve a volar,
porque su pecho se ha vaciado:
es cofre
                    para nuevas amarguras.

Monólogo frecuente

¿Es posible que pueda verse algo de mí en las palabras?
¿Puede la grieta dejar salir la luz como parvada de paserios?
¿O es acaso que el poeta le inventa rostro a su poeta?

Siluetas de los tristes

También hay un canto, como un lugar para los tristes.
Hay poesía, bienaventurados,
para los que caminan con un hoyo en la palabra,
los que navegan por el llanto en las balsas del insomnio,
los que nunca llegaron a encontrarse
en los espejos, ni en el tacto húmedo,
los que andan sin sombra
y clavan su voz en cualquier encrucijada,
los que regresan del sueño
y olvidan despertar su corazón emocionado,
los que viajan en veloces bicicletas
y rompen enjambres de mustias avispas,
los que lanzan un anzuelo
aun sabiendo que el río les negará sus peces,
los que incendian las cortinas, no por ver el mundo,
sino por conseguir que el mundo los mire,
los que llevan el nombre
cosido en la misma tela de los trajes luctuosos,
los que van de rodillas
por cargar un costal con las piedras de otros infelices,
los que no comen

para no impedir el paso a la blasfemia,
los que, si pudieran, se partirían por la mitad
para ser dos en la misma hebra de tristeza, entretejidos,
los que no celebran los partos
porque saben que nacer
es la llave de las puertas que dan a la salida,
los que sienten hambre, a pesar del pan,
y mendigan un trozo de ternura,
los que, asimismo, se petrifican
cuando les dicen «locos» con una parvada de zanates,
los que traen consigo un tambor
y lo hacen sonar cuando alguien acaricia al erizo del mundo,
los que caminan por la ciudad
con un violín roto, parecido a su silencio,
los que tienen las manos frías
porque temen al fuego, tanto como temen al amor,
los que, ay, atesoran poemas
para darle cuerpo a su dolor sin forma.

Como torso de Belvedere

Tengo algunas palabras para retratarme
y no pasar la vida «sin decir» en la antesala de la muerte.

Diré que —más allá de mi cabello sin forma,
de los élitros torpes de mis labios,
de mi frente alta como mirador sin estrellas
y de mi nariz fracturada por el desasosiego,
incluso más allá de mi estado hipocondriaco
y del alcatraz oscuro que podo en la poesía—,
intento ser un hombre completo
en la boca del mundo que todo lo mastica.

La poesía es un pasillo en silencio
donde se exhiben las mutilaciones que celebra nuestra especie.

Una idea sobre la ausencia de Dios

La compasión de Dios me resulta dolorosa
como el mutismo del que canta para no colgarse de la higuera
y fingir ser miel adentro
                    del oscuro de su sangre.

Caer es natural:
caen la lluvia y la placenta que abrazan las crías de los cerdos,
cae la vida
como cayó la gata que enterré, trémulo,
en el jardín de las caléndulas.

Cae despacio el peso de mi congoja
porque sé que sin caer en mi tumba
he caído
en el hueco de esta soledad que lleva
el nombre desgastado de mi especie.

Y sé que Dios no está más entre nosotros,
porque todo creador,
después de descubrir la joroba de su alma en la poesía,
se angustia y se da un tiro —es natural—
o vive en el engaño del aplauso para siempre.

Carta (abierta al mundo) del poeta desterrado

Si pudiera dormir, por un instante,
con mi cabeza en los albergues de tu cuello,
si me dejaras recostar un minuto en el interior de tus iglesias
o en las bancas de tus parques públicos,
yo soñaría la primavera,
soñaría un mundo de verdad, redondo,
como la ternura del seno de mi madre,
soñaría, lo sé, porque soñar es el regalo mayor
de la naturaleza a nuestra especie,
soñaría, porque puedo decir lo que sueño,
la sustancia del poema.
Si pudiera cerrar mis párpados que pesan como los temores,
qué flores cortaría de los inmensos pradales,
qué albas pintaría en mis muros enmohecidos de tristeza,
qué rumores de río llevaría como cuarzos al desierto,
qué sismo sería en el abrazo con toda mi amargura,
qué ritmos bailaría con la música del corazón,
qué cascabel dominaría mi alma, aguda frente al mundo,
qué nombre me daría con la voz de animal recién nacido,
qué nidales tejería cuando el dolor aove en mis manos,

qué cumbres alcanzaría siendo el ave de libres acrobacias,
qué hombre fuera yo, tan hombre y tan humano.
Si me dejaran en paz
los zancudos que vienen por mi sangre,
serían mis nervios acordeones,
                    más allá de mi flaqueza.

Disertación del recostado

Cuando se tiene cerca, la cama es un mueble más del resto,
como decir un taburete o una mesa;
incluso un macetero sin planta
o un cajón con botones de repuesto para las viejas camisas.
Pero la cama, a distancia —lo sabe el trashumante—,
es una casa entera,
un piélago que busca el espinazo
para no abandonar su estructura en la ruta,
como abandonaría su dolor
el que avanza quejándose, canción adentro.
Busca la carne su forma en el colchón,
en la ternura
donde transcurre la noche
sin prisa, sin frío,
sin el sueño afuera de su vaso
para que no lo roben los sedientos
que nunca han vivido
en su garganta
y no se reconocen después de la sed y de la sed,
más allá, siempre hacia allá
del polvo

y las paredes diarias.
Y en la metáfora, la cama es animal,
se convierte en tlacuache,
marsupio de cobijas,
de donde resurge la luz,
porque recién nacidos despertamos,
con los ojos envueltos en su pupa:
más de dos veces
venimos al mundo a intentar
la vida que se amarra a la sombra
y se estira, y se quiebra,
y se vuelve a atar,
porque es nudo de bronce
condenado a reventarse
un día que.
Pero también busca la cama a su durmiente,
sabe que le sabe su cuerpo,
y le sabe en verdad a sal y a polen,
a cabello de aceites diurnos,
a piel de enfermo
que cubre con una telaraña,
previo a la tumba;
porque el colchón es hermano de la muerte
y no descansa

hasta hacer de la carne disección,
estatua para los corredores
de todo lo perdido.
Busca la cama a su durmiente —se dice—,
como busca un río
sus primeras piedras desplazadas,
porque ya son arenas,
porque son la forma de su angustia,
porque ya.

PENÍNSULA

Antes de llegar a Yucatán, con la piel seca por el frío altísimo
y la tristeza como zancudo a la altura de la frente,
yo mismo fui la península amarga de tus manos.
Y el mar —ah, sombra líquida del cielo—,
oyéndose, desde la infancia, en las ensoñaciones,
cuando la piel gozaba de las sales uterinas,
aguamor del principio, antes de toda angustia, de toda lágrima,
antes, claro está, del primer coral elegiaco, primera piedra,
porque mar y lamento son lo mismo
—igual rumor e igual rotura los sorprende—: marlamento,
discurso marítimo, sentir oceánico de toda mi estructura.
Y mi cuerpo, lleno de rumor en este instante,
doliéndose, en las cartas que nunca te escribí.
Y mi carne dunosa, con cicatrices de otros vientos,
doliéndose, en este lugar al que llego descalzo
para mirar el mar de frente.

Cual roca, lo deforme busca el agua,
como busca la noche al melancólico para quedarse de a poco
en el discurrir de su sangre.
Pero voy a partir, he de buscar acantilados
en el intento de soltarme de tu amarra, porque soy agua en realidad,
soy oleaje en el poema, lengua en alto,
lengua de sal buscando metales en el puerto.
Avanzo en mi ruta, llego al mar Caribe:
voy a desvararme de la tierra, porque agua soy en realidad,
tumba de gaviotas al fondo en mi garganta.
Pero voy a oscurecer de mis hondísimas memorias,
tocaré con mi nostalgia la ciudad donde me esperas.

Todo principio duele porque siempre ha de ser desprendimiento,
abandono, vuelo de pavesas en jaula de papel.
Vine a soltarme de ti, de tus amarras,
porque era difícil sembrar tu nombre en surco de poema.
Vine, es cierto, a la ciudad del calor esdrújulo,
pero hoy sentí la soledad en todo el mapa.
Es la sal de tus manos la que no me deja desasirme.
Es la sal de tu mar la que me induce a derruir
la casa que levanto.

Anteónico, yo mismo era península en tu nombre,
tierra de tu tierra, río de sangre petrificado en tus telurios.
Animal con la certeza del quiebre de mis huesos,
he mirado el horizonte —ardoroso caimán
con la boca abierta y la cola anclada—.
Por el lenguaje lastimado en los poemas
—inconclusos, casi muertos—, he corrido hacia el océano
como quien corre a la playa con todos sus guijarros
y los pule con las lijas del oleaje,
porque habrá una piel en esas piedras, la más brillosa,
para escribir las cartas de todos mis heridos.
Pero no encuentro en la península
otra imagen mía de ser pronto continente aparte, archipiélago,
separación de tu cuerpo,
parto al fin,
o camino de tus yos en mil cabezas de hidra
que caen como simiente.

Si muero en el mar, no hablen de un ahogado,
sino de las posibles sales que llenan el acordeón de los pulmones.
Digan que quise vestirme la carne adolorida
con algo tan cercano a la placenta,
igual que los tristes con su luto
y sus capas de silencio.
Si muero en el mar, sin pronunciar tu nombre,
que alguien se detenga en el muelle:
escuchará un rumor de leño,
el de mi cuerpo en el oscuro
y las brazadas inexpertas en busca de tu isla.

Y vienen de la hondura las canciones del mar,
llámense poesía o amorosa raíz de la que soy el náufrago.
Y las canciones llenan los vacíos,
pero algo falta todavía, algo como un barandal
o una lámpara, una flauta
para la mano desasida.
Los que extrañan son más que rumores de crustáceos,
son graznidos en la noche,
pájaros son, con la sed en alto vuelo.

Para escribir una carta de esta magnitud,
se debe ir al mar a padecer la sed, pese al agua.
Debe la carne ser golpeada por el animal de la memoria.
El poema, sobre todo, debe ser útero
del que renacen
los que cantan incompletos.

Todo aquel que escribe una carta, quiere conocerse.
He venido a este puerto
a descubrir si es disfraz mi soledad
y si puede salvarme la distancia.

Hace tiempo que mi dolor se hizo ilegible,
por eso vine a darle torso
en esta carta que se agita en el mar
y encuentra su derrota.
Aquí están mis esculturas, mis néfeles al viento.
En botella de vidrio,
se conservan mejor los ruidos de mi llanto.

Cofre

Algo pesa en el cuerpo del pájaro,
algo mayúsculo,
un color opaco que rebasa su triste envergadura.
Si va en el aire, el ser alado desciende,
se sujeta de un alambre con púas
y se despoja de la carga en el gorjeo.
Entonces vuelve a volar,
porque su pecho se ha vaciado:
es cofre
para nuevas amarguras.



Colección
Lima Lee

